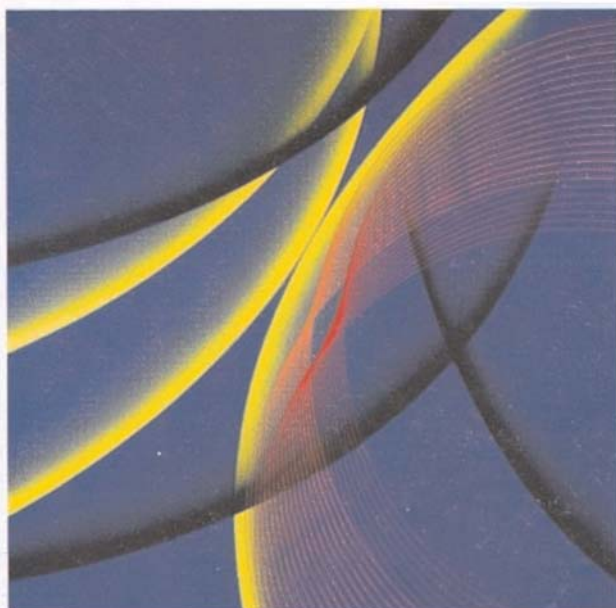


Ilustración

EDUARDO MAC ENTYRE

(Artista plástico argentino contemporáneo, n. Buenos Aires, 1929)



"Opuestos"

Acrílico sobre tela, 2004, 100 x 100 cm



"Ritmos con Rojos"

Acrílico sobre tela, 2004, 100 x 100 cm

El movimiento de *Arte Generativo* (1) que lo vio como uno de los iniciadores en 1960 tuvo como fin específico de la forja al espacio, entendido éste como ente físico sustancial, el cual en su dimensión, extensión y proporción alcanza las características genuinas de la esencia. La continuidad espacial se logra en la obra de Mac Entyre a través de la geometría curva, aunada indisoluble a la perspectiva, el *chiaroscuro* y la luz. La exploración del artista contempla la posibilidad incesante del infinito. Este aspecto se avizora en el desarrollo del arte presentado en sucesión de estructuras semejantes a módulos que reflejan signos de infinitud y génesis.

El universo de Mac Entyre permanece abierto, sujeto a un proceso constitutivo y eterno, trascendiendo en el espacio sin fracturas ni quiebres, en el mismo origen de las formas, en el primordio a la alquimia de la luz y del color. Previo a las definiciones estáticas, en el instante del movimiento perpetuo. En el conocimiento autoorganizativo de la materia, las parábolas sugieren el contraste entre lo efímero de cada punto y la eternidad del sistema. Estas líneas acaparan lo estético del cromatismo y la cinética, pero esconden en el acto subconsciente de la observación la tragedia existencial del ser. El asombro de legitimar con la reflexión el desgarrar en la esperanza y la esclavitud en la materia, en esa ecuación cuerpo-alma que nos contiene. Fluctuantes y errantes en un universo despiadado y bello. En incesantes líneas que vuelven a encontrarse y generar nuevos espacios.

Eternidad, sutil melancolía del artista

La eternidad asoma desde los tiempos más primitivos del hombre. Los querubines, guardianes con sus espadas vibratorias del árbol de la vida, la poseyeron como una quimera celosamente protegida. Su concepto es más que una estructura filosófica-mística. Ella es posterior a la conformación de la conciencia del *yo*, originada por necesidad de la perpetuidad. Y como la muerte sucede en forma de un hito irrenunciable, se la esgrime como la vida del alma posterior a ella. Se la asocia al infinito paso del tiempo, el cual se apropió de la eternidad a través de la mente humana. Esto implicó establecerse en él como obligatoriedad para poder pasarla. No hay sublevarción posible. El tiempo pasa por nosotros desmoronando la materia y también su producto más refinado: lo cognitivo del pensamiento. (2)

La eternidad puede definirse desde la estructura humana llevada al *yo*, como lo opuesto a la inteligibilidad de la de-saparición física y consciente. Esta característica que se presenta, primordialmente material, asimilada desde el acto sapiente del hombre, es la que podemos llamar real. El conocimiento del tiempo y de la muerte por parte del ser humano establece la inaccesibilidad de la perpetuidad. El alcance limitado, pero sensato del suceso asimilado por lo lógico, implica de hecho anular todo atisbo de perpetuidad. La lleva a un nivel superior de utopía, la esclaviza en una aporía.

La circunstancia analítica en la comprensión de esta imposibilidad de solución es suficiente argumento para declarar lo vano de la eternidad. Y lo inmoral de la existencia como situación no sólo de declararse trascendente, sino de la inutilidad de ahondar el pensamiento en acciones mágicas.

Si en algo sirvió al hombre otorgarle fidelidad al pensamiento fue para cerciorarse de la crudeza real de su presencia y de la pretendida omnipotencia. Para tolerar la vida debió prostituir su conciencia. Evitar el dilema que lo contiene como individuo y disimular la evidencia, lo obligó a una demencia consciente. A una visión fantástica de lo existencial idealizada desde la supervivencia, que en verdad oculta la trascendencia en la búsqueda de la continuidad.

Como esta estructura especulativa no se adecua a ninguna regla natural ni física, el pensamiento reflexivo debió dejar paso al mágico. La sutileza del *logos* se transformó en decadente. Esta encrucijada lo hace agonizar. La historia muestra que todas las decisiones tomadas por el hombre estuvieron pinceladas por ese poder místico de la eternidad. Para este paradigma ella representa el sentido y la esperanza; en cambio, dentro del conocimiento lógico es sinónimo de inaccesible.

En esta tesitura de obviar la realidad, el hombre evita el presente. Se aposenta en cada evento, en el después. Ignora que su peregrinaje lo acerca a lo reciente como único tiempo trascendente, el cual es, desprovisto de hipocresía e intereses.

Lo entendieron los estoicos compenetrados en no inmiscuirse en la mezquindad durante la vida, ni adherirse al temor de la muerte, con la idea de sobrellevar la condición humana con elevados valores morales. Ellos apuntaron a la ética de la persona basada en su condición social (*koinonikón*) pero dentro de la naturaleza que la contiene.

La tendencia hacia las formas pasa por la eternidad, pero únicamente representa la continuidad de la materia. La integridad de la figura como filiación se halla perdida al desvanecerse la conciencia, la cual –irremediablemente fenecida– determina que los entes vigentes sean intrascendentes a la misma existencia, incluido el hombre. El tiempo, donde se ejercita la inmortalidad y verdugo de la duración de las configuraciones, deja sin sentido a la historia natural del sujeto y a su discusión si su ciclo es lineal o circular. Pierde relevancia, en el marco de la desmemoria, el concepto del eterno retorno al que han aspirado los pueblos desde la más primigenia antigüedad. Las formas pasan, la amnesia permanece. Pero en este juego subyace la impronta inveterada de ellas que regresan a una representación invariablemente análoga y no similar, aunque lo desconozca el sentido consciente del *ser*.

El hombre con un estado de conciencia inadecuado a su condición incorporó la imaginación. La nostalgia del ayer lo llevó al mito del retorno para asegurarse de su vigencia. La

eternidad zanjada con este regreso y la transformación espiritual consecuente se constituyeron en las posibilidades con que el pensamiento alucina y fabula ante la desesperación del *no-ser*.

El tiempo presente –sostén de la conciencia y por ende de nuestra existencia– es el que nos permite la desintegración del ayer en la hipótesis del mañana. La trascendencia es manifiesta en cada instante, pero en esa necesidad material de ocuparla abandonamos a la burda tolerancia de la imaginación la divagación de la eternidad. La conciencia establece la continuidad del *yo*, pero el tiempo que se vive es el momento. La historia es una necesidad de la conciencia aturrida. El día después, la utopía.

La eternidad es una perpetua creación. Su esencia se mantiene si puede asimilar las transformaciones. Desde el punto de vista material, esta situación es intrascendente. La introducción de la conciencia, en cambio, aporta un hecho fundamental al establecer en su comprensión que el presente es lo único que disponemos como hecho existencial. Es el tiempo real, los demás son utópicos por inalcanzables. El *ser* existe en el mismo tiempo que *es*, no puede hacerlo fuera de *él*. Y este concepto no se halla cincelado por el fatalismo, sino por la única herramienta –la conciencia– que nos permite conocer de nosotros mismos, dentro de lo natural infinito.

Esta interpretación debe ser llevada al extremo de su sentido racional y no considerar al hombre como a un abúlico juguete de las Hades, del azar o de Dios, restituyendo la antigua cooperación con lo místico. Más allá de evitar encadenarlo a un orden pretendidamente superior, esta reflexión debe ser una aceptación del hombre desprovista de predeterminismo y basada únicamente en el alcance de la razón.

El fatalismo existencial entendido como un “plan finalista” encierra el peligro de pasividad para los que esperan en el fin de la conciencia el indeleble deseo de la eternidad. La generosidad no está en la mente de la naturaleza. No debemos entender a lo ineludible dentro de un marco de resignación, sino conformar la existencia en una tranquilidad de ánimo y de claridad conceptual para aceptar la naturaleza humana adscripta a la muerte individual de su conciencia.

Fractales abiertos a un tiempo infinito, el universo nacido de la actitud creadora de Eduardo Mac Entyre vuelve a desaguar en la sensibilidad perceptiva de otros ojos y en insospechados momentos; y esto constituye el aporte asimétrico del arte en la búsqueda del fundamento del espacio, de la materia y del tiempo. Y de su auténtica libertad.

Jorge C. Trainini

1. Eduardo Mac Entyre. Rev Argent Cardiol 2004;72(4).
2. Trainini JC. Informe sobre la Eternidad. Ensayo, 2008. No publicado.